

# Letras

## ANDRÉS BELLO

### HISTORIA DE UNA GRAN AUSENCIA Y UN GRAN AMOR

Conferencia dictada en el Colegio San Ignacio de Caracas, la víspera del "Día de A. Bello", 1953.

Suele siempre sorprender, la primera vez que se conoce, el hecho de haber sido relativamente corto el lapso que vivió nuestro insigne Maestro Andrés Bello aquí en su Patria.

Viene al mundo un 29 de noviembre de 1781, —dos años antes que Bolívar—, y antes de cumplidos los 29 años de edad, esto es, en la primera quincena de junio de 1810 se embarca para Londres, acompañando al mismo Bolívar y a Luis López Méndez en misión diplomática que enviaba la Junta Suprema de Caracas ante la Corte de Saint James.

Nunca pensó Bello que aquella su primera salida de la tierra patria iba a ser definitiva; y que los caminos que adelante se abrirían ante su vida llevarían a tierras muy lejanas, pero nunca de nuevo a las costas de Venezuela.

Nunca pensó el sensitivo y enamorado cantor del antaño lindo río Anauco, y del frondoso samán del Puento de la Trinidad, que ni aquellas susurrantes aguas, ni la apacible sombra del árbol cabe el cual tanta sabrosa lectura corrió bajo sus ávidos ojos, volverían más en su vida a servirle de solaz apacible y acogedor.

Pero que aquella salida primera y última que hizo de su Patria, y aquel dejar a su querida Caracas, no fue mero accidente sin importancia, lo reveló treinta y seis años más tarde cuando escribiendo desde Santiago de Chile en 1846 a su hermano Carlos residente aquí en Caracas, le decía en tono que indica la fresca y honda impresión que aún guardaba de aquella hora de su partida: "Tengo todavía presente la última mirada que dí a Caracas desde el camino de La Guayra. ¿Quién me hubiera dicho que en efecto era la última?"

Mas en los destinos de la Providencia estaba que sí iba a ser la última.

Poco más de un tercio de su larga vida de 84 años es lo que corresponde a la residencia de Bello en Caracas.

Llegado a Londres, empiezan a correr los años con cansona lentitud y entre dificultades que cada vez se hacen mayores. La Misión Diplomática no logra todos los fines que pretendía. Regresado Bolívar, y sufriendo López Méndez graves contratiempos y deudas, la situación de Bello empieza a agra-

varse notablemente, puesto que sus economías son nulas, y de Venezuela casi no le llega sueldo alguno. Sin embargo, su patriotismo, su amor fidelísimo a la causa que defienden sus compatriotas en América, lo hace aguantarse como puede en su puesto, e ingeniarse de mil modos para poder subsistir decorosamente. Pasa hambre y toda clase de privaciones y penas, pero ni por un momento intenta en estos años abandonar aquel duro puesto, mientras haya esperanzas de servir en él a su Patria.

Pero perdida por primera y segunda vez la república de Venezuela, va cerrándose cada vez más el horizonte, y la Patria amada y distante no es ahora sino teatro de desastres, y lo mejor que pueden hacer sus buenos hijos es esperar impacientes, pero prudentes, la hora oportuna de retornar a prestarle sus servicios.

Algunos años más tarde, en 1824, se encuentra Bello al servicio del gobierno de la inestable Gran Colombia, cuya Embajada en Londres lo toma como Secretario. Las dificultades económicas que aquel gobierno experimenta, se reflejan en el escaso y muchas veces incumplido sueldo que Bello debía devengar.

Sus aspiraciones de mejorar de suerte están plenamente justificadas; y más cuando se veía ahora rodeado de esposa e hijos a quienes atender y educar.

A medida que han ido pasando los años, deja ver claramente cómo sentía vivo el amor de la Patria lejana que le golpeaba el corazón con fuertes impulsos hacia el retorno suspirado.

En 1824 escribiendo a Gual, además de exponerle su grave problema económico familiar, le decía: "Por otra parte, me es duro renunciar al país de mi nacimiento y tener tarde o temprano que ir a morir en el polo antártico de los **toto divisos orbe chilenos**". Referencia esta última a las insistentes proposiciones que por sus representantes diplomáticos en Londres le venía haciendo el gobierno chileno para que aceptase irse a aquella nación con un buen empleo.

Y en 1826, en carta a su gran amigo de Venezuela, Agustín Loinaz, escribía: "Yo pienso también volverme a esos países, a pasar en ellos lo que me resta de vida, y si pudiera ser a Caracas, o sus inmediaciones lo celebraría mucho".

Cuanto más dura la ausencia, más finas y sensibles se hacen las vibraciones de su recuerdo del terruño materno.

Y es precisamente en estos años cuando madura ya su inteligencia, nutrida de sabios estudios, por largas horas pasadas en las bibliotecas y entre los valiosísimos incunables y manuscritos del Museo Británico, y forjado ya el gran poeta clásico descriptivo que no tendrá rival en el Nuevo Mundo, ha dado al fin rienda suelta a su inspiración, en momentos de serenidad artística, y ha estampado sobre el papel los inmortales versos de su americanísima y sorprendente silva: "**La agricultura de la Zona Tórrida**". Es a esta bella creación a la que puede aplicarse con toda justeza lo que el sereno crítico Julio Planchart ha escrito: "En Londres (la poesía de Bello) se nutre del recuerdo de la tierra

nativa y sus mejores cantos los endereza a ella. ¡Cuántos versos en ellos, que a los extraños parecen ser imitación virgiana y no tener relación con cosa peculiar nuestra, por contener un concepto general, nos sugieren hondamente a nosotros algo vernáculo con la fuerza de una robusta evocación" (1)

Pero a pesar de sus deseos y esperanzas, la realidad se le siguió presentando muy contraria. Sus contactos directos con Venezuela, o la Gran Colombia, se le hacen cada vez más difíciles y demorados. Hasta llegó a pensar que ya nadie se preocupaba allí por su suerte o sus aspiraciones. La vida seguía apremiándolo con sus obligaciones familiares. Aquello no admitía dilación. Tenía que resolverse a aceptar algo que pusiese fin a una situación totalmente insostenible. Allí estaba promisoro e insistente la invitación del gobierno de Chile. Bello, tomando al fin una resolución que, como atestiguaba el propio plenipotenciario de la Gran Colombia Fernández Madrid, "me consta ha sido en extremo dolorosa", acepta resignadamente la invitación de Chile y hacia allá se encamina en febrero de 1829.

En torno a esta determinación nada gustosa que Bello se vió precisado a tomar, algunos escritores han juzgado que debía de recaer sobre Bolívar la responsabilidad de que Venezuela hubiese perdido para siempre los servicios de aquel su hijo tan sabio como fiel. Para expresarse así, suponen al Libertador o poco afecto a Bello, o poco conocedor de sus méritos extraordinarios y preparación cultural.

Semejante imputación resulta muy grave. Y su estudio y esclarecimiento daría tema por sí solo para una extensa exposición, en la que ahora sería imposible detenernos.

Cabe sin embargo, decir que el caso ha sido suficientemente analizado por graves historiadores, y se ha llegado a la clara demostración de la ninguna culpabilidad que pudiera haberse achacado a Bolívar. Es precisamente manifiesto que diversas cartas que se conservan del Libertador, no sólo hablan de Bello en términos sinceramente elogiosos, sino además muestran el gran deseo de incorporarlo al servicio de la Patria recién libertada. En el precioso y bien documentado libro crítico-biográfica sobre Bello, del que es autor laureado el prestigioso profesor Dr. Rafael Caldera, (actual Presidente de la Comisión Editora de las Obras Completas de Bello), en el capítulo titulado "¿Fue culpa de Bolívar?" encontramos en apretada síntesis el más cabal análisis y refutación de aquel temerario infundio. Allí se demuestra cómo la situación política de la Gran Colombia, y en particular las dificultades tan graves que Bolívar encontraba para su gobierno durante estos críticos años, sobre todo a raíz de su enemistad con el Vice-Presidente Santander, fueron las causas que más poderosamente impidieron una rápida y efectiva intervención a favor del necesitado y paciente Bello. (2)

(1) Planchart, Julio. *Tendencias de la lírica venezolana a fines del siglo XIX*. Caracas, 1940, p. 70.

(2) Caldera, Rafael. *Andrés Bello*, 3ª edic. revisada. Caracas, 1950, pp. 38-45.

Pero hay algo más. Cuando Bolívar fue informado de que Bello urgido por su insostenible situación, y halagado por las proposiciones de Chile, pensaba al fin hacer el viaje a esta nación, se apresuró a escribir una expresiva y razonada carta al Embajador grancolombiano Fernández Madrid, en Londres, para que tratara de persuadir a Bello de que no se fuera, y le ofreciese al mismo tiempo que se le daría un buen destino. "Yo conozco, —decía Bolívar— la superioridad de este caraqueño contemporáneo mío: fue mi maestro cuando teníamos la misma edad; y yo le amaba con respeto".

Infortunadamente esta carta escrita en Quito en abril de 1829, llegó tarde a Londres. Ya Bello estaba en Chile cuando se enteró de su contenido.

Definitivamente Dios guiaba los pasos de Bello al país del Sur. Tal vez dado el rumbo tan inseguro y triste que siguieron los acontecimientos en los últimos años de la acortada vida del Libertador, primera víctima de aquellos, y con la disolución de la Gran Colombia, Bello habría sido víctima de las pasiones que durante largos años agitaron y desataron los enemigos del Padre de la Patria contra éste, contra su nombre y contra sus más fieles amigos y servidores. . . !

Para Bello, sin embargo, ni los contratiempos y privaciones de aquellos largos años en Londres por el servicio de Venezuela, ni la forzada circunstancia de regresar a un país de América que aunque tan gentilmente lo acogía, distaba mucho del suelo nativo, nada influyó lo más mínimo para apagarle ni siquiera disimularle su amor a la Patria. Antes al contrario, las raíces del corazón se afincaban con mayor firmeza en los viejos recuerdos caraqueños, y extraían de allí jugos nutritivos que alimentaban la llama vivísima de su amor patrio hasta el fin mismo de aquella venerable existencia de ochenticuatro años.

Son precisamente de esos años de más distante ausencia de la Patria y los mejores testimonios escritos que conservamos de puño y letra de Bello, y en los que palpita su sensibilísimo corazón de hijo, de hermano, de amigo y de venezolano y caraqueño.

Y es que como no podía ser de otra manera, para él el pensamiento de la Patria no significaba solamente recuerdos del solar nativo y su bello paisaje; sino comprendía en armoniosa unidad todos sus más caros y nobles afectos: empezando por el de su anciana madre que vive en estrecha viudez hasta muy prolongada ancianidad, y luego el de sus hermanos y otros queridos familiares, y el de no pocos sinceros amigos.

Todos estos afectos y recuerdos cobran relieves de insospechada actualidad y vivencia a medida que pasan aquellos treintises años de prodigiosa actividad cultural en la remota Chile. En medio de afanosas tareas pedagógicas, y mientras la pluma no cesa de redactar textos y códigos, discursos y artículos de toda clase, y de componer estudios que asombran aún hoy por su erudición y competencia, y poesías de la más equilibrada inspiración, el corazón de Bello vive constantemente en su amada y añorada Caracas.

Y sobre todo cuando le llegan casi en avalancha duras horas de dolor, con la pérdida de no me-

nos de ocho de sus hijos, varios ya en lozana y crecida juventud esperanzadora, en medio de la robusta resignación cristiana que lo sostiene y que ha expresado en bellísimas frases, su alma halla también alivio y se conforta dejando a la imaginación vagar a ratos por entre los mil recuerdos que guarda de su patria chica y su lar nativo.

En noviembre de 1844 escribiendo a un familiar en Caracas, le dice: "He recibido con mucho placer tu carta del 23 de octubre del año pasado en que me das una noticia muy circunstanciada de mi querida madre y de toda mi familia. Para toda ella es esta carta, y te ruego la comuniques a cada uno de los individuos que la componen. Siempre te he mirado, mi querido Miguel, como uno de mis verdaderos amigos, y desde que supe que te habías casado con Rosarito, lo celebro mucho; eres hermano mío, más que amigo, y nada puede serme más grato que este segundo título. La descripción que me haces de tu familia me ha encantado y no a mí solo, sino a todos los de esta casa, que los aman a ustedes como yo, y como si los hubiesen conocido personalmente. Te corresponderé haciéndote una descripción de la mía". Sigue luego una ternísima enumeración de su entonces joven y numerosa familia, (que por no alargarnos, omitimos copiar), y continúa así: "La descripción que me haces de mi madre me llena de contento, y sus cartas que he recibido con la tuya, me han causado como puedes fácilmente imaginarlo, el mayor gusto. Cuánto me alegro de que la tengas en el seno de tu familia, y rodeada de sus numerosos nietos; y qué placer sería para mí que pudiera abrazar y dar la bendición a mis hijos".

A continuación envía saludos para varios amigos a quienes va nombrando uno por uno, y de dos de ellos en particular dice: "los tengo tan presentes como si los hubiese visto ayer". Y habían pasado treinticuatro años!

Del año 1846 dirigida a su hermano Carlos, aquí en Caracas, es una de las cartas más emocionantes y delicadas, y de las que mejor nos muestran cómo en efecto iba avivándose, en vez de extinguirse, aquel incontentible afecto hacia los seres y cosas de la Patria. Bello cuenta 65 años, y aunque entero en su vigor mental, y con muchos años de vida aún por delante, se siente ya viejo; pero su ágil pluma se despliega en frases que son todo un poema en prosa. Véase este párrafo: "En mi vejez, Carlos mío, repaso con un placer indecible todas las memorias de mi Patria; recuerdo los ríos, las quebradas y hasta los árboles que solía ver en aquella época feliz de mi vida. Cuantas veces fijo la vista en el plano de Caracas que me remitiste, creo pasearme otra vez por sus calles, buscando en ellas los edificios conocidos y preguntándoles por los amigos, los compañeros que ya no existen. ¿Hay todavía quien se acuerda de mí? Fuera de mi familia, muy pocos, sin duda, y si yo me presentase otra vez en Caracas sería poco menos extranjero que un francés o inglés que por primera vez la visitase. Mas, aun con esta triste idea, daría la mitad de lo que me resta de mi vida, por abrazaros, por ver de nuevo el Catuche, el Guaire, por arrodillarme sobre las losas que cubren los restos

de tantas personas queridas". Y añade luego la frase que al principio habíamos recordado: "Tengo todavía presente la última mirada que di a Caracas desde el camino de la Guaira. ¿Quién me hubiera dicho que en efecto era la última?"

Junto al amor supremo que es el de su recordada madre, y luego el de sus familiares y amigos, no puede menos de ofrecer especial interés encontrarnos con el repetido estribillo, verdadero "leitmotiv" de todas estas cartas privadas que es su apasionado recuerdo de la inolvidable Caracas. Al irse de aquí, Bello, que había vivido en ella intensamente, con un insospechado cariño de hijo y de artista, se la llevó estereotipada en su mente y en su corazón. Por eso vuelve una y otra vez sobre idénticos motivos. En 1847 escribe igualmente a su hermano Carlos, y le dice: "Lee estos renglones a mi adorada madre; dile que su memoria no se aparta jamás de mí, que no soy capaz de olvidarla y que no hay mañana ni noche que no la recuerde; que su nombre es una de las primeras palabras que pronuncio al despertarme y una de las últimas que salen de mis labios al acostarme, bendiciéndola tiernamente y rogando al cielo derrame sobre ella los consuelos que tanto necesita. . . Diles a mis hermanas que me amen siempre; que la seguridad de que así lo hacen es tan necesaria para mí como este aire que respiro. Oh, si pudiera verlos a todos alrededor de mí! Yo me transporto con mi imaginación a Caracas, os hablo, os abrazo; vuelvo luego en mí; me encuentro a millares de leguas de Catuche, del Guaire, y de Anauco, y Sabana Grande, y de Chacao, y de Petare, etc., etc. Todas estas imágenes fantásticas se disipan como el humo y mis ojos se llenan de lágrimas".

Unos años antes de esta carta, Carlos le había remitido un plano de Caracas, al cual ya se hizo referencia. Cómo lo recibió Bello, y qué sentimientos experimentó puede en alguna manera entenderse por las frases de la carta en que le daba las gracias. Le dice: "Me has dado uno de los mayores placeres que he tenido durante mi largo destierro, con la remesa que me has hecho de la historia de Venezuela, atlas y mapas todo lo cual ha llegado en el mejor estado a mis manos. (3) Sería por demás querer expresarte los sentimientos con que he leído esa tan interesante historia y las emociones con que me han hecho palpar tantos nombres queridos. Abro el atlas y recorro el mapa, y qué de recuerdos, qué de imágenes se agolpan a mi imaginación. De la vista de Caracas, sobre todo, no pueden saciarse mis ojos; y aunque busco con ellos vanamente lo que no era posible que trasladase el grabado, paso a lo menos algunos momentos de agradable ilusión. Me has hecho el más apreciable, el más exquisito presente. La vista de Caracas estará colgada en frente de mi cama, y será quizás el último objeto que contemplen mis ojos cuando diga adiós a la tierra".

De no poseer estos conmovedores testimonios escritos, quizás nadie hubiera sospechado que el grave y sesudo maestro de leyes y de filosofía, el

(3) Sin duda serían la Historia de Venezuela, de Baralt, y el magnífico Atlas y la Geografía de Codazzi, publicado todo en 1841.

acucioso investigador y autor de tan doctas obras, poseyera un corazón tan lleno de estos delicadísimos afectos.

Pero los textos abundan. Y no creo impertinente citar algunos otros pasajes de tan bella correspondencia. Pues hasta en esta faceta tan noble del alma humana, Bello fue mastro consumado, cuya lección permanece viva en los viejos papeles de sus cartas.

De nuevo son las escritas a su hermano Carlos las que nos traen otras parecidas frases; las cuales por la verdad y sinceridad que las anima, ni por asomo llegan a parecer monótonas.

En carta del 25 de mayo de 1851 escribe: "Te ruego que me escribas con frecuencia y que me hables sobre todo de nuestra pobre madre, cuya memoria no se aparta de mí jamás. Me figuro verla, oír sus justas quejas por lo poco que por mi parte he contribuido a aliviarla en tan avanzada edad. ¡Ah, madre mía! ¡Que no sea dado verte un momento siquiera antes del último de mi vida!" Y en otra carta de 1853 tiene muy parecidas frases.

Los años pasan, la distancia permanece; pero desafiando a ambos está la firmeza de los afectos de Bello; antes si cabe, se acentúa resignada pero vivísima la actitud de quien siente un gran vacío. Rodeado de prestigio y de honor, venerado por la corona brillante de sus prestigiosos discípulos, siente sin embargo que el corazón se le escapa hacia Caracas. "No puedes figurarte, —le escribe a Carlos en 1856—, la melancolía que ahora más que nunca me atormenta por la distancia que me separa de vosotros. Caracas en mis pensamientos de todas horas; Caracas en mis ensueños. Anoche cabalmente señoba hallarme en compañía de algunas personas queridas de aquella época dichosa de nuestra juventud. Si supieras con qué viveza me represento en mis ratos desocupados el Guaire, Cautuche, Los Teques, el patio y corral y todos los pormenores de la casa en que tu y yo nacimos, y jugamos y nos dimos de puñetes algunas veces; aquellos granados, aquellos naranjos! ¿Y ahora qué es de todo eso? Escríbeme largo y a menudo".

Aquel fino escritor desaparecido hace algunos años, que se llamó Luis Correa, devoto de la gloria de Bello y uno de los que en tiempos cercanos trabajó de los primeros por renovarla, dejó escritas unas cortas páginas de bella e inspirada prosa, con la que elaboró una atinadísima fantasía que se ajusta admirablemente a los sentimientos que hemos visto desfilar en las cartas de Bello. La pieza se titula: "Una taza de café" (4), y nos presenta a Don Andrés Bello, ya anciano, casi tullido en la blanda poltrona de su mesa de trabajo, en un anochecer, cuando curiosamente el rostro del anciano reflejaba inusitada alegría. Era que acababa de llegarle de Caracas, insospechadamente, un paquetito de café, que por más señas traía escrito el nombre de la hacienda El Helechal, la que antaño fuera suya y de sus hermanos. Todavía no repuesto de la íntima emoción, y mientras sus sarmentosos

dedos palpan el fino y aromático grano, determina enseguida lo que ha de hacer. "Con gesto nervioso —dice Correa—, al que acompañaba apenas su voz gastada, ordenó le prepararan una taza de aquel café, que tenía virtudes mágicas para su imaginación adormecida. Cuando la criada entró al despacho con la humeante bebida, el jurista eminente, árbitro de naciones, cuyos ademanes reposados revelaban la nobleza y la paz de su espíritu, se hallaba sentado a su mesa de trabajo, de espaldas a un pesado armario en el que los libros se apretaban en hileras, y se preparaba a contestar las preguntas que le hacía" un compatriota en carta recién recibida.

"Colocada la cafetera y sus adminículos en la maciza mesa de roble y hizo el anciano un gesto a la criada, quien partió de puntillas, y solo, muy quedamente, como quien cierra las cortinas de un niño que duerme, vertió en la taza la aromosa tinta, y bebió, bebió con leticia, trago a trago, hasta tocar los inciertos lindes del sueño, el breve minuto en que toda materialidad desaparece y el alma se desprende del cuerpo dejándonos sumidos en éxtasis inefable. . ."

El Maestro empieza a soñar con la Patria. "Se veía joven, fuerte, pasear con sus hermanos por los sombreados corredores y ancho patio de "El Helechal", en la fila Mariches. A lo lejos, como una garza oscura en actitud de tender el vuelo, estaba Caracas, la ciudad de su amores. Caracas! Rojeban sus techos a la luz del sol, entre bucares florecidos y verdinegros saucedales.

"Tomaba luego el descenso por la cuesta amarillenta; vadeaba arroyos; saltaba palizadas que festoneaban los cundeamos; dejaba atrás a Petare, atalayado en viva roca, y aparecían los campos de Chacao, fausto de la Colonia".

"Comenzaba la tarde a dorar las cimas del Avila con oros de antoñana casulla, olorosa a ranciedad y verbena. Con un grupo de caballeros, entre los cuales José Félix Ribas descuella por su arrogancia varonil y Tomás Montilla por su alegría comunicativa, va Andrés Bello de vuelta a su ciudad. La charla es animada, nobles los propósitos, altivos y apasionados los conceptos.

"Apenas si se fijan en el torreón de la hacienda de los Ibarra, empenachado de humo denso, y en la fila de chaguaramos, que agitan sus cimeras, como airones de solariega hidalgía.

"Entre las nieblas del crepúsculo se arrebujaba el palacio de los Capitanes Generales, en cuyo seno lleva Vasconcélos una vida de lujo y de placeres.

"De pronto, se insinúa en una curva del camino,  
La verde y apacible  
Ribera del Anauco.

"Bocólico paisaje digno de Teócrito se desarrolla ante sus ojos humedecidos por las lágrimas. Cuántos recuerdos evocados en un instante por el correr de esas aguas cristalinas! Sus primeros versos, sus primeros amores. Filis y Cloris trepan con ligereza por la montaña, se pierden, reaparecen,

(4) Correa, Luis. Terra Patrum. Caracas, 1930. pp. 11-16.

# Religión

## MASONERIA (DOCUMENTOS)

### OTRO DOCUMENTO IMPORTANTE PARA SU HISTORIA EN VENEZUELA.

NOS, Dr. JUAN BAUTISTA CASTRO,  
Por la gracia de Dios y de la Santa  
Sede Apostólica, Arzobispo de Caracas  
y Venezuela.

Al muy Venerable señor Deán y Cabildo  
Metropolitano, Clero y fieles de la  
Arquidiócesis.

Salud en Nuestro Señor Jesucristo.

Están confirmados una vez más y de ruidosa manera los propósitos de la masonería. Las conferencias que se dan

actualmente en el templo masónico, y de las cuales ya habréis oído hablar, amados hijos, van poniendo de relieve, en muchas de ellas, las tendencias de la secta enemiga de Cristo, que se quita ya la túnica filantrópica y se nos muestra tal cual es. La masonería ha herido el corazón de nuestra fe: primero se ha ensañado en la Sagrada Persona de Nuestro Señor Jesucristo: en seguida, como era lógico, ha impugnado los grandes intereses de la Iglesia en sus relaciones con el Estado, no temiendo herir a la misma Patria, con tal de desahogar sus concentrados odios: y finalmente, ha venido a negar en forma solemne y con aparato de erudición y de ciencia, la verdad de la Biblia, del Libro sagrado que es el fundamento de nuestra fe junto con la Iglesia, que lo pone en nuestras manos y nos lo interpreta legítimamente.

Todo esto ha pasado en pocos días, como si se tratara de un plan concebido a última hora, y en el cual viniera envuelto un esfuerzo extraordinario contra la revelación divina, y contra

tornan a perderse hasta que solo mira sobre el cielo el parpadeo de dos estrellas. No hay sendero, ni bosque, ni piedra en esos fértiles parajes, desconocidos para el poeta. Sus cafetales le han visto errar, pensativa la frente, invocando a la Musa campesina para pedirle un ramo de flores con que cubrir la losa de su sepulcro.

"Las finas bestias, echadas al trote por sus jinetes, levantan el polvo de la ciudad, y las caladas celosías se abren con cautela al paso de la calbata.

"En Candelaria suena el Angelus, y súbito un coro de esquilonos y campanas, partido de todos los puntos del horizonte, se concierta en un mismo arrobamiento. Del fondo de un patio embalsamado por un jazminero de las Indias, se escapan, untadas con la miel de la femenina devoción, las divinas palabras: "El Angel del Señor anunció a María". . .

"Hasta la Plaza Mayor, presos en el hechizo de la hora, no cambian los paseantes una sola frase. Al pie de la Torre, frente a los portales descalabrados, se despiden con efusión. Pensando en la cena aderezada por su madre, que gustará al lado de sus hermanas, una de las cuales, María de los Santos, los ha dejado hace poco por la paz de las Monjas Carmelitas, y de los hermanos que hablan de empresas agrícolas, de la bondad de las cosechas y del próximo arribo a La Guaira de una corbeta que zarpará inmeditamente para la Coruña, con café y cacao de sus fundos, Andrés Bello endereza su caballo hacia el norte, pero antes de desmontarse en su casa de las Mercedes, galopa hasta el templo

de La Trinidad propicio al esplendor de los Bolívars, y contempla con cariño el samán plantado a orillas del Catuche. La vista de ese árbol le trae a la memoria la de aquel otro gigante de la selva, vestigio de otras edades, que en Güere se levanta con arrogancia, y en cuya copa sombría se enredan por las noches, como en la cabellera de una virgen aborígen, las lucecillas del Tirano Aguirre. Y los valles de Aragua, jardín de Venezuela, que visitó en compañía de Alejandro Humboldt, y. . ."

.....

Cuanto tiempo ha pasado el Maestro sumergido en aquel como éxtasis consolador, no lo dice el autor de la fantasía, quien la concluye con una breve y sencilla escena, que debía ser muy frecuente en aquellos últimos años del caraqueño ilustre. Las voces de dos discípulos amados, José Victorino Lastarria y M. Luis Amunátegui, despiertan al anciano con un respetoso Buenas noches. Con voz húmeda de llanto les contesta el Maestro, y musita, balbuce como un niño, soñando acaso todavía, estos versos dolorosos" de su sentidísima aunque inconclusa composición "El campo":

"Naturaleza da una madre sola  
Y da una sola patria. . . En vano, en vano  
Se adopta nueva tierra: no se enrola  
El corazón más que una vez. La mano  
Ajenos estandartes enarbola. . .  
Te llama extraña gente ciudadano. . .  
¡Qué importa! ¡No prescriben los derechos  
Del patrio nido en los humanos pechos!"

Pedro P. Barnola, S. J.